

BIBLIOTECA
FRANCISCANA

Tradición y legado de las Bibliotecas conventuales: la Biblioteca Franciscana de Cholula

Francisco Morales, OFM y Francisco Mejía*

La Biblioteca Franciscana, ubicada en el portal del gran atrio del convento de San Gabriel en Cholula, Puebla, es el resultado de un esfuerzo de la Provincia del Santo Evangelio de México y la Universidad de las Américas, Puebla. Gracias a un convenio firmado por ambas instituciones y con el apoyo de la fundación Fomento Cultural Banamex, World Monuments Fund, "Adopte una Obra de Arte", y la fundación Volkswagen de Puebla, se pudo rescatar arquitectónicamente el largo portal situado en la parte sur del atrio y adaptar su espacio para instalar la biblioteca franciscana con cerca de 24,000 volúmenes provenientes de antiguas bibliotecas y casas de estudio de la Provincia del Santo Evangelio.

Estos libros procedentes de conventos no considerados como grandes centros de estudios, nos habla de la afición de los franciscanos por las bibliotecas. Me voy

referir a este hecho con una larga cita de un franciscano del siglo XIX, fray Luis Malo, quien vivió aproximadamente entre 1820 y 1880. A él se debe un interesante ensayo sobre la orden franciscana que tituló "Recuerdos de mi convento". Tomo de éste documento la siguiente nota sobre una de las bibliotecas de la que el fue bibliotecario:

"Entre las cosas que tenía el convento de san Francisco de México, se debe contar su buena biblioteca, la cual ocupaba una regular extensión y estaba ubicada entre oriente y poniente, que llamaban sala general. En [esta] pieza se reunían diariamente, por mañana y tarde, los estudiantes teólogos a oír las lecciones que les daban sus respectivos catedráticos. La biblioteca del convento de san Francisco era una de las mejores que había en México, por el número de volúmenes que encerraba y por la clase de obras que contenía. Los frailes franciscanos, desde que

fundaron su convento, procuraron hacer venir de Europa todos los libros que pudieran ser útiles en los diversas ramas de las ciencias sagradas y profanas. Para adquirir esos libros invertían regulares sumas de dinero que ellos habían ganado con su trabajo personal, o que tenían de limosnas voluntarias que les habían ofrecido. Hay más: la biblioteca iba aumentando sus volúmenes en cada año, porque los frailes en particular tenían libros para su uso personal, los cuales compraban con las limosnas que les daban por celebrar o por predicar algunos sermones.

Los frailes, mientras vivían, podían tener sus libros en la celda, pero, luego que algún fraile moría, el guardián acompañado de cuatro testigos, formaba el inventario de los libros que para su estudio había tenido el religioso, y los libros eran trasladados a la biblioteca del convento. Se deja comprender que en el curso de trescientos años, atendido el número de frailes que morían, fue aumentándose considerablemente la biblioteca del convento.

. . . En la biblioteca de san Francisco estaban los libros que pertenecieron al convento de san Cosme. Cuando el general don Antonio López de Santa Ana fue presidente (en una de tantas veces) pidió a la provincia del Santo Evangelio que cediera el convento de san Cosme para que en el estableciesen un hospital militar. Los términos en que el presidente pedía la donación eran tales que la provincia creyó que no debía negar lo que se pedía para un objeto positivamente humanitario. El convento se entregó al gobierno; pero el general Santa Ana manifestó que lo único que pedía era el edificio, más no lo que en el se contuviera. Hecha esta manifestación el reverendo padre provincial dispuso que los libros existentes en la biblioteca del convento de san Cosme fuesen trasladados a la biblioteca del convento grande. Esto quiere decir que la segunda quedó aumentada

considerablemente, pues en la primera había más de 4,000 volúmenes los cuales, agregados a los que ya existían en la biblioteca de san Francisco, dan un total de 20,000 volúmenes.

Mientras existió el convento de san Francisco y especialmente en los últimos años, el público pudo aprovecharse de la biblioteca, concurriendo a estudiar en ella. Quien escribe este opúsculo fue nombrado bibliotecario del convento de san Francisco, tres años antes de que se consumara la exclaustración. Entonces el señor licenciado don Fernando Ramírez, síndico de los franciscanos, auxilió con sus vastos conocimientos, al bibliotecario y con tal auxilio, la biblioteca quedó perfectamente arreglada. Hecho esto, el bibliotecario pidió a los prelados permitiesen que la biblioteca estuviese abierta para el público. Aun existen algunas personas que, en aquella época, concurrían algunos días a estudiar o leer en la biblioteca de san Francisco. En alguna oficina del gobierno existe un señor abogado que podría certificar lo dicho, porque entonces visitaba a menudo la biblioteca franciscana.

El texto anterior nos habla no sólo del interés de los franciscanos por los libros, sino también del modo como se fueron formando sus bibliotecas. Sobre este tema hay importantes testimonios que nos llevan hasta los primeros años de la presencia de los frailes en Nueva España.

Entre los descargos que hacen los herederos de Alonso de Estrada a las cuentas "del oro de minas que corre por la tierra" está el pago que hizo a Alonso García, arriero, de 170 pesos del dicho oro de minas por razón de once caballos que trajo cargados desde la ciudad de Veracruz a la dicha ciudad de México, de libros e ornamentos o otras cosas para aprovechamiento de los frailes franciscanos que vinieron en navío de Juan

de Ipinza, que su Majestad mandó por Cédula firmada en Valladolid a 2 de agosto de 1527 pidiendo que se paguen los fletes y acarreos de 40 frailes.¹ Por información que tenemos de tres años después, mayo de 1530, sabemos que fray Antonio de Ciudad Rodrigo al regresar a México de un viaje que había hecho a España trajo cinco toneladas y media de libros, ornamentos y ropa, y un año después 1531 se dan 68 pesos al arriero Diego Rancel por cuatro caballos para transportar libros de fray Antonio de la Cruz.²

Al parecer, una de las primeras bibliotecas franciscanas fue la de fray Juan de Zumárraga que según nos consta por su testamento dejó al convento de San Francisco de México. Dice en este documento:

*Item, por quanto yo traje muchos libros de mi orden con licencia de mis preladados, e otros muchos he comprado acá, digo que desde agora hago donación de todos ellos a la librería del monasterio de S. Francisco de la ciudad de México, excepto aquellos que tengo señalados para la hospedería de Durango, de los cuales está la mayor parte a la cabecera de mi cama.*³

Gracias a las publicaciones de la Academia Franciscana de la Historia tenemos la lista completa de los libros de cabecera donados a la hospedería de su tierra, Durango. Son ochenta y dos títulos que, como biblioteca de cabecera, nos dan una idea de la afición a los libros de nuestros primeros frailes.

¹ Archivo General de Indias (Sevilla), Contaduría 657#3, grupo V, fol 37v-38)

² *Ibid*, #4

³ Joaquín García Icazabalceta, *Don fray Juan Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, México: antigua librería de Andrade y Morales, 1881, "documentos", p. 174

Aparecen entre esos, tres obras de Erasmo, las *Paráfrasis* [comentarios sobre el Nuevo Testamento] que, todavía en la actualidad, son consideradas, por su análisis teológico y literario, como uno de los escritos espirituales más acabados del Renacimiento.⁴ El amplio uso que fray Juan de Zumárraga hizo de ellos lo podemos ver en su obra *Doctrina Breve*, publicada en 1543. Otra biblioteca franciscana del siglo XVI digna de mención es la del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en la que los alumnos indígenas de ese colegio se nutrieron para llevar a cabo muchas de sus actividades humanísticas y etnográficas.

Miguel Mathes nos ha hecho un catálogo de ella un catálogo que publicó con el llamativo título de *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*. Es importante destacar, por los libros allí registrados, así como por información proveniente de otros documentos, la preocupación de los frailes por la formación humanística de sus alumnos: Cicerón, Quintiliano, Catón, Salustio, Plinio, Juvenal, entre los latinos, así como Plutarco en traducción latina y los clásicos Ambrosio Calepino y Nebrija son algunos de los autores que aparecen allí. Si pensamos que estas dos bibliotecas son una excepción y que la afición del fraile por el libro se dio solamente en el siglo XVI, tenemos una sorprendente información que nos señala lo contrario.

⁴ Richard Greenleaf, *Zumarraga and His Family*, Washington: Academy of American Franciscan 1979, p.124. León E. Halkin, *Erasmo entre nosotros*, Barcelona, Herder, 1995, p. 183

En la documentación resguardada en la sección de manuscritos de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia se encuentra actual volumen 37, que corresponde a lo que fue la caja 66, título 6, legajo 1 del archivo original de la provincia.

En sus más de 460 folios encontramos un amplio inventario de los 81 conventos que existían en la provincia en 1663. Por la información allí recabada se concluye que todos ellos, excepto 14 pequeñas casas, como Chapultepec, Santo Tomás del Monte o Santa Marta Acatitla, tenían biblioteca. Algunos de ellos con bien formadas colecciones, como las mencionadas de San Francisco y Tlatelolco, ésta última con 920 títulos que bien pudieron haber alcanzado más de un millar de libros; otras como Atlixco con medio centenar de títulos. A nivel de comparación entresaco dos conventos de la zona de Puebla: Cholula con 767 volúmenes y Calpan con 182. Sobresalen en la primera, como casa de estudios de gramática, las obras de Virgilio, Terencio, Cicerón, Ovidio, Salustio, Esopo, Catón, Séneca, más clásicos como Nebrija y Luis de Granada. Hay, además, un buen número de obras filosóficas, como Aristóteles, Boecio y los escolásticos Santo Tomás y Duns Escoto.

En la de Calpan, siendo casa de atención pastoral, encontramos libros relacionados con ese cuidado, como los vocabularios de lengua mexicana, la doctrina cristiana de Zumárraga, algunos manuales de confesores y varias sumas o sea compendios doctrinales para uso de sacerdotes, entre otras "Suma Robertina", dos tomos (¿de Roberto Belarmino?), la "Suma de Mercado", un tomo [fray Tomás Mercado *Suma de tratos y contratos*, 1571), la "Suma Sacramentorum" [Salamanca, 1574] o

suma de casos de conciencia, fray Felipe Díaz, ocho tomos, [*Summa predicantium ex omnibus locis comunibus locupletissima*] e Instrucción del predicador un tomo. Estos libros no agotaban la preocupación por la lectura del doctrinero de Calpan pues en esa misma biblioteca encontramos las obras de San Agustín, San Anselmo, Duns Escoto junto con los clásicos de la vida espiritual, fray Luis de Granada y hasta obras latinas como las de Virgilio y libros tan singulares como la *Monarchia mistica hecha de jeroglíficos sacados de humanos y divinas letras* (fray Lorenzo de Zamora, 2 tomos, Barcelona, 1611).

Como muestra de la gran tradición evangelizadora franciscana, encontramos en la Biblioteca Franciscana un ejemplar manuscrito de la causa de canonización de fray Antonio Margil de Jesús, célebre misionero del Colegio de Propaganda Fide de Querétaro y Zacatecas, y cuya labor se extendió a Texas, Guatemala y Panamá.

Dicho volumen está estructurado como impreso, pues contiene portada, un retrato del fraile seguido del texto propio de la causa de canonización, la traducción correspondiente realizada por Antonio Pablo de Montes y un anexo epistolar junto con el proceso de compulsación de pruebas. Es interesante esta causa por la canonización del denominado venerable misionero de pies alados, quien llegó al puerto de Veracruz en 1683 con el padre Linaz, prefecto de las misiones en Indias occidentales. Su fallecimiento en 1726 provocó varios intentos para lograr que fuera canonizado. El presente volumen está fechado en 1792 cuando el clero reconoce la labor doctrinal incansable del franciscano Margil entre los indígenas americanos.

Hasta la fecha no ha sido posible este logro.

Esta breve referencia sobre dos bibliotecas de la zona de Puebla nos hace ver el rico acervo y dilatado campo que tenemos ante el tema del libro antiguo en México. Sin negar la importancia de su rescate bibliográfico que año con año toma más importancia entre nosotros y que esperamos siga aumentando, es oportuno también señalar la necesidad de investigar el significado de esas bibliotecas en la sociedad y cultura novohispana. En relación con este tema podemos entrever, por los datos aquí presentados, que nos falta mucho por investigar sobre el saber humanístico de los franciscanos que trabajaban en las comunidades indígenas del altiplano poblano en el siglo XVII. Los mismos datos nos indican, además, que nuestro empeño por establecer nexos entre las bibliotecas novohispanas y las comunidades en donde se encontraban se han quedado cortos. No sería posible entender ni la producción humanística de los colegiales de Tlatelolco, ni el acercamiento de los doctrineros a sus pueblos sin los instrumentos de trabajo con que contaron gracias a sus bibliotecas.

La Biblioteca Franciscana de Cholula intenta fomentar y promover este tipo de estudios. Gracias al Centro de Estudios Humanísticos Fray Bernardino de Sahagún establecido en la sede de esta biblioteca, se espera, además de preservar y conservar el patrimonio bibliográfico de los franciscanos de México, abrir un espacio a todos los estudiosos interesados en los nuevos cauces de la investigación sobre el libro y su significado en la sociedad.

*Centro de Estudios Humanísticos fray
Bernardino de Sahagún*

Inventario de la Biblioteca de San Francisco de México
Fray Francisco Antonio de la Rosa Figueroa
(Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado)

Inventario de la Biblioteca de Calpan, 1667
(Fondo Franciscano, Biblioteca del Museo de Antropología
e Historia)

Inventario de la Biblioteca de Cholula, 1667
(Fondo Franciscano. Biblioteca del Museo de Antropología
e Historia)